

Ecós de Trapiche

ESCENAS CAMPESINAS EN EL DEPARTAMENTO DE SANTANDER

Por: CECILIA VARGAS

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 50, Volumen XIV
Segundo Trimestre de 1956*

El trapiche se levanta majestuoso, en gran parte humilde. Es un trapiche viejo, de vigas carcomidas y techos de paja seca. Un poco más lejos se ven las paredes blanqueadas y los portalones de madera, recién pintados, de la casona del amo. Y en el fondo, la inmensidad emocional de la hacienda, pintarrajeada de azul cielo, de verdura y de amarillo sol. ¡Contraste de naturaleza! ¡Color del paisaje colombiano!

El ambiente está poblado con los ruidos del trabajo: el crujiir de la caña que muere entre los dientes de la inmensa maquinaria; el jugo dulce que corre por los canaletes hasta la paila y el bagazo que se va acumulando en un montón que crece por momentos. Y en medio, el jadeo pujante del peón; el choque de la paleta contra la pared de los grandes pailones donde hierve la miel; el murmullo campesino de la toma que pasa por el potrero y mil ruidos más, de humanidad y naturaleza. Y por encima de todo, el canto monótono y siempre igual:

Molé trapiche, molé.

Es este el escenario y en medio de su animación, brazos nervudos, músculos en tensión, manos encallecidas y rudas, rostros, pechos y dorsos sudorosos y ojos que dicen de rebeldía dominada, de abnegación... Ojos y rostros del luchador humilde de mi terruño.

El ruido de la maquinaria ha cesado. Por un momento sólo sigue el susurro cantarino de la acequia, y de cuando en cuando, el mugido del buey, o el ruido estremecedor del reptil que se escapa por el cañaduzal, o el grito del chino que está arriando el ganado. Se olvida el cansancio y se habla de la

última aparición de la gritona; y del hombre que mataron en el atajo; y de panela que va a salir muy blanca en esta ocasión; y de mil temas más; que se yo... se habla de tantas cosas distintas...! Siempre hay un narrador infatigable: el que jura haber oído el último ladrido del perro fantasma; el que cuenta cómo está el guarapo donde Misiá Pepa; el que habla de los lindos ojos de la hija del amo; el que saca el machete con aire de bravata... Los demás, escuchan, o parecen escuchar.

En este momento, en que se olvidan las faenas del día, o en que se recuerda el cansancio de toda una vida, Misiá Rosario patrona de la cocina, se quita el mugriento y roto delantal, se recoge su pelo en un moño atrás con una peineta brillante, se arremanga, luce el mestizaje en sus brazos, se enjuaga en la toma y llama a gritos al puntal.

Pasan por todas las manos, las jícaras llenas de aguamiel pura y recién hervida y las acemas de a real, pan negro pero bueno y tostao.

Mientras tanto el día muere en el potrero, verdor ensombrecido; en la rueda del trapiche, trompo bullanguero silenciado; en el cañaveral, esbeltez de caña doblegada. El día muere en la miel hervidora de las pailas; en el mugido del ganado, y en la naturaleza toda; ha muerto con mechones de nieve, en la cabeza del viejo capataz; con sombras de amargura, en la mirada de aquel, que entre todos, ha llorado más; con un rictus de despecho en el que piensa en una venganza; el día ha muerto para muchos de aquellos hombres; para otros, no, quizá no muera nunca...!

Han llegado las muchachas humildes de la vecindad. Vienen por el jarraíto de miel, o por el parao de panela melcocha; o por la última cochaíta que se haya sacado; o por el agüita pal ajiaco de mañana; se oyen algunos chistes vulgares; se ha despertado el alma sin pulir. Un piropo rudo, pero de sabor a tierra propia, hace ruborizar a una muchacha; la mirada ilusionada de algún mozo sencillo, persigue la figura de la otra.

Piel morena, quemada por el sol de esos mediodías tropicales en el río... ! grandes moños recogidos atrás, o todo un madejón de pelo negro, atado en una sola trenza con una cinta solferina. Unas lucen la salud en sus cuerpos y en sus ojos. En otras, ha ensañado su garra el mal, la calentura y han perdido fragancia, y no tienen color. Tal vez no son lindas; son burdas, hechas al natural; lucen sin recato su cuerpo; tal vez son feas...; feas en las manos manchadas, descuidadas, nervudas e inquietantes; feas en el pie áspero y grande que deja ver el tejido de la alpargata; feas en la prodigalidad de sus formas y en la brusquedad de sus ademanes. Tal vez son feas, pero son hermosas... Hermosas cuando a la primera luz de la mañana encienden el fogón de tres piedras para hacer la pisca pal desayuno; y más

hermosas cuando acariciadas por la brisa fresca que corre del río, enjuagan la ropa de la contrata, sobre las piedras de la orilla. Y lo son también cuando en la venta ruegan a la doña les compre la matica de yerbabuena pal paludismo; o el ataíto de mamones; o el puñao de guineos.

Las jóvenes han llegado al trapiche y con ellas, la variedad a la monotonía de los días siempre iguales. En la policromía de sus vestidos claros, y en la trenza adorna con peinetas de la ciudad han traído encerrada la insinuación del bambuco. Alguien coge una guitarra y, en un prelude de notas y de arpeggios, se eleva hasta el cielo la emoción del alma campesina. Y parece que todo se embalsama con la melancolía del bambuco, que se filtra por entre las ruedas del trapiche; que se cuele por los esbeltos talles de las cañas y que atraviesa todo el campo. La voz del mozo se levanta para expresar su canto y en él, toda la poesía que encierra el alma del pueblo sencillo y emotivo de los campos:

*Bajando de la montaña se oye, en la tarde, un cantar...
boquita dulce de caña, quién te pudiera besar...
el trapiche muele y muele, el humo se ve subir
las penas que estoy sintiendo, quién las pudiera decir...
el trapiche está moliendo, la caña, y vuelve a empezar
cuando el alma duele y duele, quién la podrá consolar...*

Calla un momento. Y como impulsado por una misma fuerza se hace silencio. Un silencio que conmueve... que entristece... que emociona... De pronto, alguien grita: «música, hermano» y se rompe el mágico embrujo y el mozo lanza, no ya su voz de amargura, sino de esperanza:

*Ven, ven, niña de mi amor,
ven, ven, niña de mi amor,
ven, ven, ven a mi ranchito
que te espero con amor.
Si, si, dulce y bella noviecita
dueña de mi corazón
vamos a ver a la Virgen
y a pedirle protección,
a rogarle con fe viva
que bendiga nuestra unión.*

Y todo canta ahora; y en todos los rostros se ha despertado la ilusión; y en todos brilla la esperanza; les bailan los pies a las muchachas y sienten en su cuerpo el hormigueo de las notas que se infiltran, una a una, en el corazón. Los mozos se atreven y alrededor del cantante, un remolino de faldas anchas, enaguas blancas, pañuelos rabo de gallo y grandes sombreros alones, hace soñar en todos los corazones el repiqueteo alegre de campanas.

Se baila el bambuco; el bambuco a veces triste, a veces riente; el bambuco que deja entrever siempre, en la voz del que lo interpreta, y en la voz de la guitarra que canta y llora, el alma sencilla y melancólica de un pueblo que ama y sufre como todos.

La canción ha terminado, sólo el eco repite su final, «*tengo enfermo él corazón*».

Las mozas recogen sus vasijas y se alejan lentamente. Cae la noche, y en la soledad del cañaveral sólo se oye la voz del mozo que nuevamente canta sus pesares:

*Ay!, ay!, ay!, si las ondas del río
Remendaran las quejas del corazón
te contaría, luz de mi vida,
los amargos pesares de mi pasión.
escucha, sonoro río, mis congojas y aflicción
decile cuánto la adoro, cuánto sufro por su amor
y dile si a tus orillas llega su planta a pisar
que de su amor el recuerdo, no olvidaré jamás.
Dile que mi amor lo alimentan las brisas del Pamplonita.*

Todos regresan por el atajo empedrado y medroso, pero que lleva más rápidamente. Vendrá luego el sueño de pocas horas, sobre la estera dura y burda y más tarde, y uno y otro día, y siempre, el regreso al trapiche, al amanecer, cuando el sol arrebolado y rojizo comienza también su labor de siempre.

